

1912

y  
os  
os  
a,  
n-  
tu  
las

## LOS "AMORES LITERARIOS"

DE MENENDEZ Y PELAYO (1)

Como todo lo que se refiere al insigne y malogrado polígrafo señor Menéndez y Pelayo es de sumo interés á todos los que hablamos la lengua castellana y más ó menos nos hemos formado con la lectura de los incomparables escritos del gran maestro, trataremos en este artículo de lo que, valiéndonos de una frase del mismo, podemos llamar «amores literarios» de Menéndez y Pelayo. La buena educación literaria y clásico gusto de don Marcelino aparece con más claridad y evidencia al entrar en estas particularidades de su vida literaria, al penetrar en el fondo de su alma, donde tenían lugar escogido, un número selecto de poetas y prosistas que fueron más de su agrado y satisfacción. Para Menéndez estos tales eran de casa, y los trataba como si fueran sus amigos de cada día, y de ellos bien podría decir lo que el insigne hispanófilo señor Southey, ya anciano, decía al ver los libros que tan buenos ratos le habían proporcionado durante los laboriosos años de su vida literaria.

My never-failing friends are they,  
With whom I converse day by day.  
And while I understand and feel  
How much to them I owe,  
My cheeks have often been bedewed  
With tears of thoughtful gratitude.

Entre los poetas de la antigüedad nadie hubo que tanto mereciera la estimación y amor de don Marcelino como el vate de Venusa. Horacio, el poeta realista, sin ilusiones ni fastásticos ensueños, el poeta del sentido común y del *ne quid nimis*, era para Menéndez y Pelayo el tipo de los poetas líricos, el modelo de los modelos. ¡Cuán llena de poéticos conceptos, de tributos de sincera admiración y natu-

(1) Inicia su colaboración á ESTUDIOS nuestro corresponsal en Norte América Guillermo J. Furlong. Es un nuevo elemento de valía que ha de contribuir á dar mayor interés á la revista.—LA REDACCIÓN.

ral cariño, no está la *Oda á Horacio*, una de las odas más clásicas que se han escrito en España desde la Edad de Oro! Hablando del vetusto tomo de las poesías de Horacio, que tenía sobre su mesa, exclama:

Yo también á ese libro peregrino  
Arca santa del gusto y la belleza,  
Con respeto llegué, sublime Horacio;  
Yo también en sus páginas bebía  
El vino añejo que remoja el alma.  
Todo en tí lo encontré, rey de los himnos,  
Mente pelasga, corazón romano;  
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,  
La ática sal, las mieles del Himeto,  
El ditirambo que á los cielos sube,...  
La belleza eres tú: tú la encarnaste  
Como nadie en el mundo la ha encarnado...  
Todo rey de la lira, lo abarcaste  
Pusiste en todo la medida tuya,  
El *ne quid nimis*, ¡sobriedad eterna!,  
La concisión, secreto de tu numen.

Esto mismo vino á decir en *Horacio en España*, cuando al quejarse de los vates de sola una cuerda, tan comunes en nuestros días, estampó estas líneas verdaderamente elocuentes:

«Renazcan aquella sobriedad maravillosa, aquella rapidez de idea y concisión de frase, aquella tersura y nitidez en los accidentes, aquella calma y serenidad soberanas en el espíritu del artista. Esto pido, esto deseo. No quiero poetas estóicos y de una sola cuerda. Gusto de ingenios flexibles, y que sepan recorrer todos los tonos y encantar en todos. Esto hizo Horacio, y después lo han conseguido muy pocos.» (1).

Por el estilo son las frases que hallamos en *Las Ideas Estéticas*, donde su insigne autor ha escrito un estudio magistral sobre la *Poética de Horacio*, en la cual, según don Marcelino, se halla la doctrina del preceptista «clara y patente, inflexible y severa como en un código, y reducida á versos de tono axiomático con su sanción penal al canto, en forma de agudísimos satíricos. Casi todos los preceptos de Horacio son aforismos que corresponden á leyes eternas del espíritu humano.» (2).

(1) *Horacio en España*, t. 2, p. 364.

(2) *Historia de las Ideas Estéticas en España*, t. 1, p. 169.

nás clásicas  
ablando del  
de su mesa,

ando al que-  
uestros días,

idez de idea  
lentes, aque-  
. Esto pido,  
erda. Gusto  
s y encantar  
eguido muy

as Estéticas,  
obre la Poé-  
a la doctrina  
o en un có-  
anción penal  
los preceptos  
nas del espí-

Pero nada nos dice tanto la afición y amor que profesaba al vate venusino como su libro sobre *Horacio en España*. Aunque no lo supiéramos por uno de sus discípulos, creeríamos sin dificultad alguna, después de leer este libro, que Menéndez sabía de memoria la mayor parte de las odas y sátiras de Horacio. No creemos que incurriría sin exageración el que afirmase que en nadie se cumplió tan á la letra lo del mismo Horacio: *discet me peritus Iber*.

Después del poeta romano ninguno compartió tanto con los amores de Menéndez como el poeta salmantino; el príncipe de nuestros poetas y uno de los más grandes que jamás han existido, Fr. Luis de León. Para don Marcelino, Horacio y León eran dos almas gemelas, y que sólo se diferenciaban en que el primero había vivido en las obscuridades del paganismo, mientras que el segundo fué siempre iluminado por la luz esplendorosa que difunden las llagas del Crucificado. La impresión que le causaba una oda de Horacio y una de Fr. Luis de León era algo así como la que causaría en el alma de Chateaubriand ó de Piferrer el templo de Teseo ó de Olimpia en contraposición de Notre Dame y la Catedral de Burgos. El amor á Fr. Luis de León lo heredó don Marcelino de su querido maestro Milá y Fontanals, quien hizo muchísimo por la glorificación del gran poeta salmantino, aunque en esto su predilecto discípulo le aventajó, pues es justo confesar con el señor Caro que «nadie entendió y juzgó á León con tanta penetración y acierto, como él le ha entendido y juzgado en diferentes ocasiones» (1). ¡Qué bellísimos párrafos hallamos en su atildadísimo discurso sobre la poesía mística en España, donde no duda afirmar de Fray Luis de León, que «desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza: nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto y difundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico, labrado por sus manos, se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro, y del Petrarca, de Virgilio, y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo trasfigura y, lo remozca todo» (2). En *Horacio en España* da por cierto que el egregio

(1) Observaciones sobre la poesía horaciana, publicadas en el *Horacio en España*, t. 2, p. 386.

(2) Crítica literaria, serie primera, p. 47.

agustino «concentró en sí todas las perfecciones del venusino» (1); pero adornólas con el espíritu cristiano, «firmando así el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu nuevo» (2). Esto mismo expresó en pulidísimos versos cuando escribió:

El vierte añejo vino en odres nuevos,  
Y esa forma purísima pagana,  
Labre con mano y corazón cristianos.  
¡Esa la ley será de la armonía!  
Así León sus rasgos peregrinos  
En el molde encerraba de Venusa;  
Así despojos de profanas gentes  
Adornaban tal vez nuestros altares,  
Y de Cristo en basílica, trocóse  
Más de un templo gentil, purificado.

Sobre esto mismo del espíritu cristiano y forma pagana escribió estas fuertes y razonables frases en su estudio sobre los traductores de Virgilio: «En la parte mecánica de la poesía hemos adelantado mucho. Lo que hemos perdido, y no llevamos traza de encontrar, es el arte de asimilarlos el espíritu de la poesía pagana y expresarlo con formas modernas, conservando su sobriedad y delicadeza; y esto no es una prosa lánguida é incorrecta, sostenida en zancos de alguna traslación galicana, sino en versos incorrectos y desaliñados á veces, pero marcadas por la garra del león en cada página.» (3)

De *Los nombres de Cristo* bien conocido es lo que escribió en las *Ideas Estéticas*, donde confiesa que le faltan palabras para expresarse al querer enaltecer el mérito de esta obra inmortal, cuyos diálogos rivalizan en frescura y belleza á los del mismo Platón. El estudio de don Marcelino sobre las ideas estéticas de Fr. Luis es el bosquejo ya dispuesto por manos sapientísimas para que se escriba una obra extensa, como se pudiera y debiera, sobre este asunto.

¡Lástima grande que él mismo no lo haya hecho, como lo es también el que no hubiese ya llegado al tomo xv de la Antología de poetas líricos castellanos, donde detenidamente pensaba estudiar las poesías del insigne agustino. Su conocimiento es atestiguado por to-

(1) Tomo 2, p. 302.

(2) Tomo 2, p. 305.

(3) Traducción castellana de las obras de Virgilio Marón, por M. A. Caro, t. 3, p. xx.

dos los que le conocieron. El P. Zacarías Martínez escribe (1), que en cierta ocasión don Marcelino le fué mostrando uno por uno todos los pasajes de las poesías de nuestro gran lírico donde éste había imitado ó copiado á los autores griegos, latinos, italianos y nacionales que le habían precedido. Sirvanos este amor y estima que Menéndez y Pelayo tenía por Fr. Luis para nuestro propio aprovechamiento. Así sucederá que en vez de ir á caza de novedades y frivolidades gálicas, traduciendo los escritos de los mal llamados poetas, seguiremos el ejemplo del insigne crítico santanderino y de tantos otros que en esto le han imitado. Entonces aprenderemos á «estimar el tesoro que tenemos enterrado en nuestro más grande y menos entendido poeta» (2).

Otros dos poetas hay que como Fr. Luis de León firmaron el pacto de alianza entre la forma antigua y el espíritu moderno, y por esto han sido grandes poetas líricos y de los más favoritos de don Marcelino. Nos referimos á André Marie de Chénier y don Manuel de Cabanyes. El sublime autor de *Le Jeune malade*, *L'Aveugle* y *Le Dernier Iambe* fué siempre uno de los vates más predilectos de Menéndez, habiendo merecido que éste tradujera con notable elegancia y en magníficos versos libres varias de sus composiciones. Los que conocen las poesías del clásico Chénier comprenderán fácilmente por qué le estimaba tanto el autor de *La Galerna del Sábado de Gloria*; los que no las conocen recuerden lo que de él dijo Sainte-Beuve, que se propuso «faire des vers antiques, sur des pensée nouveaux». Por esta misma razón entraba en el número de los vates predilectos de don Marcelino el que él mismo denominó «Chénier catalán», el inspirado y malogrado poeta de Villanueva y Geltrú. Aquel joven y brioso poeta,

Que en sus hombros la túnica del genio  
Ostenta no manchada,

mereció que los *Preludios* de su lira fueran calificados de admirables (3) por el crítico santanderino, y que le contaba entre los más grandes poetas que han aparecido en España desde la Edad de Oro. (Nunca hemos podido saber las razones que tuvo don Marcelino para no concluir alguna ó algunas de las poesías líricas de este vate

(1) Discurso pronunciado en la velada organizada por *El Debate*, en Junio de este año.

(2) *Horacio en España*, t. 1, pág. 23.

(3) *Hermosilla y su Iliada*, introducción á la traducción de la Iliada por el señor Gómez Hermosilla, p. 35.

o  
usino» (1);  
el pacto de  
Esto mismo

ana escribió  
traductores  
adelantado  
encontrar,  
expresarlo  
leza; y esto  
s de alguna  
los á veces,

ribió en las  
expresarse  
os diálogos  
l estudio de  
bosquejo ya  
na obra ex-

como lo es  
ntología de  
estudiar las  
ado por to-

por M. A.

verdaderamente genial, en el tomo que publicó de *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana*.) Y esto se debe á que Cabanyes imitaba los modelos antiguos con la libertad del verdadero genio lírico (1). De *La Misa nueva* nos dice (ibídem) que es un verdadero *himno sacro* digno de Manzoni, aunque compuesta en forma horaciana. Se quejaba don Marcelino de que uno de sus poetas más favoritos no fuera conocido más allá del Segre, y se indignaba al recordar la mísera acogida que dió el señor Gómez Hermosilla al tomo de las poesías de Cabanyes cuando éste se las remitió. En una visita que hizo á Villanueva y Geltrú tuvo don Marcelino ocasión de hojear y enterarse de las *Observaciones* que con esta ocasión envió al inspirado poeta el atrabiliario preceptista y autor del *Arte de hablar*.

Según colegimos de algunos escritos de don Marcelino y de lo que hemos oído á algunos de sus discípulos, profesó el insigne maestro singular predilección por el sabio helenista y melifluo vate de la Corte de los Médicis, Angelo Policiano. En una de las eruditísimas cartas que escribió en defensa de la filosofía española cuando andaba de viaje por Italia, decía al señor A. Pidal y Mon, á quien iba dirigida: «Ha salido larga, machacona y llena de repeticiones. Parece un quodlibeto de los malos tiempos. No he escrito nada peor, con haber escrito cosas tan malas. ¡Y pensar que la he escrito en Florencia, en la moderna Atenas, donde parece que aun vagan las sombras de Lorenzo el Magnífico, y de Angelo Policiano, uno de mis *amores literarios* más íntimos y verdaderos! (2). En otra parte, á propósito de las quejas de algunos que sostenían, como el señor Donoso Cortés, que las imitaciones que se hicieron en la Edad de Oro de nuestra literatura fueron ridículas é impotentes, escribe: «Esta es cuestión de gustos, y á mí me agradan mucho las silvas de Policiano, y me encanta Fr. Luis de León imitando las odas morales de Horacio y el himno de Aristóteles á Hermias... No hay preocupación, ni sistema, ni escolástica que resista á la pura luz de la belleza.» (3). Bien merece ser estimado, y singularmente, el dulcísimo autor de *La Caccia* y de *La Alegoría*, odas tan conocidas á nuestros mayores, como se pueden ver, sin ir muy lejos, en las poesías del vate salmantino.

(1) *Horacio en España*, t. 2, p. 165.

(2) *Ciencia española*, t. 2, p. 39.

(3) *Ciencia española*, t. 2, p. 309.

En la poesía dramática, Lope de Vega y Shakespeare fueron los autores favoritos de don Marcelino. La veneración y amor que Grillparzer profesaba al autor de *La estrella de Sevilla*, y Ducis al compositor de *King Lear* era inferior al que Menéndez y Pelayo profesó siempre. A estos dos gigantes de la poesía dramática, «los más grandes dramáticos que jamás han existido». (1). Algunos han creído que don Marcelino tomó á pecho el glorificar á Lope por sólo el motivo de humillar á Calderón, y por aquí ir contra alemanes é ingleses que en tan alto predicamento han tenido siempre al autor de *El médico de su honra*. Nada más inverosímil. Quien haya leído los discursos de Menéndez y Pelayo sobre Calderón verá á vista de ojos lo falsísimo de esta proposición. El mérito intrínseco de Lope de Vega, de ese genio verdaderamente colosal, era lo que hacía volver por su honra y ponerle en muchas cosas, como merecía, por encima de Calderón. Menéndez y Pelayo fué siempre justo y recto en su apreciación de nuestros grandes poetas dramáticos, tributándoles y escatimándoles elogios, según lo merecían.

En el estudio sobre Tirso de Molina afirma que «el atribuir á Lope *El condenado por desconfiado* es imposible. Nadie más interesado que yo en la gloria de nuestro gran poeta nacional, de que soy editor, aunque indigno» (2); y la razón por qué es imposible atribuir á Lope la gran tragedia, es porque «Lope no era bastante teólogo para escribir *El condenado*». (3). De *La viuda Valenciana* del mismo Lope, nos dice (4) que «es desvengonzadísimo trasunto de cualquiera de las más cínicas inspiraciones de Maquiavelo, de Cecchi ó del Aretino». Tributo un elogio singularísimo á Calderón cuando afirmó que era «el más eximio representante del teatro español, del que, quizá por haber nacido el último, llegó á compendiar todas sus excelencias y perfecciones.» (5). En otra parte no duda hacer suyas las ideas que expuso Tomás Aguiló en sus *Artículos Literarios* (6) donde el noble poeta y crítico mallorquín declara que

(1) Carta al señor L. Rius y Llosellas; *Crítica literaria*, serie cuarta, página 113.

(2) *Crítica literaria*; serie tercera, p. 178.

(3) *Calderón y su Teatro*, p. 216.

(4) *Calderón y su Teatro*, p. 76.

(5) *Calderón y su Teatro*, p. 9.

(6) Tomo 6, p. 151.

«Calderón tenía la cabeza más dramática pero el corazón menos sensible» que Lope.

Después de Lope de Vega viene Shakespeare, «cuyo arte es admirado y adorado por todos los pueblos cultos». (1). Párrafo digno de la pluma de nuestro gran crítico es el que á continuación copiamos, donde, en contraposición de nuestros dramaturgos nacionales, ensalza los méritos y cualidades del sublime autor de Hamlet. «Rara vez mostraron nuestros dramáticos aquel poder de observación interna, aquella visión profunda de los misterios del alma, aquel paciente y menudo análisis de los ocultos móviles que guían al hombre á la heroicidad ó al crimen, aquella portentosa facultad psicológica, que unida y combinada con un poder de fantasía no menor, levanta á tan incommensurable altura las creaciones de Shakespeare.» (2). Cuando recuerdo este elocuente párrafo y tantos otros análogos (3), se me ocurren aquellas que él mismo escribió (4) al hablar de las que Hegel dijo sobre el gran poeta inglés: «Sólo á los grandes es dado comprender y sentir totalmente á los grandes, y expresar de esta manera su admiración.»

Entre los poetas hemos de incluir también al autor de *Faust* y *Wilhelm Meister*, á quien Menéndez y Pelayo solía llamar «el gran pagano». Tal vez este paganismo de Goethe era una de las razones por las cuales admiraba tanto el señor Menéndez y Pelayo al poeta alemán, pues no cabe duda que pocos españoles ha habido jamás que hayan tenido una tan verdadera comprensión del arte pagano y que hayan estado tan enamorados del mismo como el gran crítico de Santander. Siempre tuvo una cierta antipatía á los Chateaubriand, Jungmanns y Gaumes y á todos los que de una manera ú otra contradecían sus ideas sobre la excelencia del arte pagano.

Notables son los conceptos que emitió sobre Goethe en las *Ideas Estéticas*, llamándole «el poeta del empirismo intelectual; poeta objetivo por excelencia, que aspira á convertir toda naturaleza en arte, toda realidad en ideal.»

Entre los escritores prosistas, Cicerón, Fr. Juan de los Angeles,

(1) *Historia de las Ideas Estéticas en España*, t. 5, p. 162.

(2) Obras completas de Lope de Vega: *El Alcalde de Zalamea*.

(3) Véase *Historia de las Ideas Estéticas en España*, t. 5, págs. 270, 217 y 225; *Calderón y su Teatro*, págs. 328 y 157; Obras de Lope de Vega, *passim*; Traducciones de Shakespeare: Prólogo.

(4) *Historia de las Ideas Estéticas*, t. 4, p. 327.



Santa Teresa, Luis de León y Pereda eran los que, con más frecuencia y gusto solía leer. La formación de su estilo dependió, en gran parte, de la asidua lectura que en los años de su juventud solía hacer de los estudios filosóficos, discursos y cartas del orador romano, quien, según dice acertadamente en las *Ideas Estéticas* «ha influido poderosamente en la general cultura humana, por el talento, á tan pocos concedido, de hacer sensible y halagüeño lo abstracto, de sacar la filosofía de la escuela y traerla á la plaza pública y á las moradas de los ciudadanos.» (1). Holgamos citar aquí lo que en defensa del tribuno romano escribió contra Teodoro Mommsen, «historiador tan grande como apasionado». «Sea por exaltado cesarismo, que le lleva á considerar los enemigos del dictador como enemigos personales suyos, sea por amor á la paradoja, ó por mera antipatía de gusto individual, ó por afán de buscar en la historia armas para la polémica contemporánea, Mommsen se ha ensangrentado con la memoria de Cicerón, negándole, no sólo toda fortaleza moral y política, sino hasta el talento literario, del cual la humanidad entera le ha considerado siempre como uno de los tipos más perfectos. A los ojos de Mommsen, Cicerón no es más que un abogado y un periodista, en el peor sentido de la palabra. Califica sus diálogos literarios entre las obras de entretenimiento, y los declara inferiores en precisión de estilo y de pensamiento á la retórica de Herennio. La injusticia no puede ser más palpable. Lea cualquier hombre de gusto, por prevenido que esté contra los actos políticos de Cicerón y contra el lujo exuberante de sus discursos, los tres diálogos *De Oratore* y *el Bruto*, y lea después el árido arsenal técnico que Mommsen se atreve á preferirles, y se asombrará de las ceguedades y extravíos á que puede llevar á los hombres de más entendimiento eso de *tomar partido* en historia y en crítica, como si se tratara de tomarlo de alguna asamblea deliberante. Si hay algún periodista en este negocio, el periodista no es ciertamente Marco Tulio, sino Teodoro Mommsen, quien, con toda su enorme ciencia y su peregrino talento de adivinación y de reconstrucción, no se ha librado muchas veces de la común calamidad moderna de escribir la historia en estilo periodista y de mirar lo pasado con los ojos de lo presente.» (2) Como es sabido Menéndez y Pelayo tradujo gran parte de las obras de Cice-

(1) T. I, p. 160.

(2) *Historia de las ideas estéticas*, t. I, ps. 159, 160.

rón, aunque si hemos de confesar la verdad, su traducción en muchas partes no pasa de una medianía. Con este trabajo consiguió el ilustre crítico no tanto el aumentar la bibliografía hispanolatina cuanto adquirir el envidiable estilo que caracteriza á todos sus escritos sin excepción.

Don Marcelino leyó y releyó en diversas ocasiones *Los nombres de Cristo* del gran maestro salmantino, y en los incomparables diálogos de esa obra hallaba su alma tanta devoción, como materia de recreo y solaz, su gusto literario. A Santa Teresa no profesó tal vez tanta afición como su amigo don Juan Valera. Gustaba con todo de la lectura de las obras de la mística doctora y de *Las moradas* no dudó afirmar que constituía con *El ingenioso hidalgo* y *La guía de pecadores* «los más grandes libros castellanos». (1)

Su afición á Fray Juan de los Angeles es atestiguada por sus mismas palabras. «Confieso que es uno de mis autores predilectos: no es posible leerle sin amarle y sin dejarse arrastrar por su maravillosa dulzura, tan angélica como su nombre.» En otra parte nos dice que tenía su ordinaria lectura espiritual en las obras de este gran maestro de la perfección religiosa, lo cual es tanto más de maravillar cuanto que sería difícil encontrar en toda nuestra riquísima literatura ascética, libros de piedad más sólida y de frecuentes digresiones sobre doctrinas tauléricas que la del casticísimo escritor franciscano.

El último autor que queremos mencionar y por cierto de los más favoritos y queridos de Menéndez y Pelayo no es otro que su íntimo amigo Pereda. Aquellos dos genios nacidos en una misma cuna y arrullados por las ondas del Cantábrico, se amaron mutuamente con un amor más fuerte que la muerte. Eran dos hermanos que pasaron por el destierro de este mundo haciendo bien á sus iguales, y cuyas obras han puesto á la España literaria del siglo xx al nivel de las naciones más cultas de Europa. Menéndez y Pelayo que conocía y apreciaba los muchos triunfos y glorias de Pereda, «de aquel revelador de tantas armonías ignotas de la naturaleza, de tantos aspectos de la vida desdeñados antes por familiares y humildes; de aquel genial prosista que ennobleció el habla popular en su tierra, engarzándola en el áureo hilo de nuestra prosa clásica» (2) no vaciló en afirmar que la mayor gloria del gran novelista era el haber sido considerado por todos

(1) *Obras de Lope de Vega*, t. 2, p. XIX.

(2) Discurso pronunciado en el Teatro Español el día 26 de Abril de 1906.

los que le conocieron «como uno de casa» (1). Que el señor Menéndez y Pelayo haya tenido á Pereda en tanta estima se colige de lo mucho que escribió acerca de sus novelas, principalmente del discurso que pronunció el día 23 de Enero de 1911 al erigirse en Santander un soberbio monumento al genial autor de *Peñas arriba*. Después de asegurarnos que hombres como Pereda «son providenciales y que su literatura es el reconstituyente más enérgico que puede aplicarse á la generación que hoy crece, marchita de voluntad antes de haber vivido y enferma de escepticismo antes de haber pensado», nos dice que su poesía era «poesía robusta, patriarcal, épica en el fondo, que no se escribe para los viciosos y refinados, sino para todas las almas capaces de sentir las armonías de la naturaleza y el inefable hechizo de la vida honrada». Los que asistieron al acto y oyeron al amigo pregonar las glorias del amigo, testifican que en diversas ocasiones las lágrimas principiaban á molestar al venerable orador.

Estos son los poetas y prosistas de diversas épocas y de nacionalidades diversas que más estimó y amó el malogrado crítico, cuya irreparable pérdida lloran las letras españolas. Algunos otros tal vez merecerían mencionarse, como Taine, Macaulay, Carducci y Leopardi, pero no creemos que tuvieran tanta parte en su amistad literaria y que le proporcionaran con su lectura tanto gusto y placer como los que tenemos mencionados. Ellos por sí bastan para darnos á conocer la excelente educación y buen gusto literario del sapientísimo polígrafo, quien lejos de andar á caza de frivolidades extranjeras amó y apreció en primer lugar lo de casa, y después, lo que fuera de ella, merecía ser estimado.

GUILLERMO J. FÚRLONG.  
Washington, D. C.

(1) *Critica literaria*, serie quinta, p. 356.